

plantada, atenuando, si es que los confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica cuyo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

«Reconociendo ese error, Orozco y Berra se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y, escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquel.

«El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliófilos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticias sus predecesores.

«Brillantísima y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo. Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruído por las armas castellanas.

«Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo, su aplicación á la nuestra, era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía respecto á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia el trabajo realizado por él.

«Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de

Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

«La última demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosísimas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su "Historia" es superior á las demás, acaso concederíamos la preeminencia á la última. Tan acabada es así; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.»

Así juzgaba yo, hace veintidós años, la labor histórica de Orozco y Berra. Pues bien, lejos de que las flamantes disquisiciones posteriores á las suyas, hayan venido á modificar ese concepto, á desvirtuar los elogios que entonces le consagré, ni á apagar mis aplausos, creo, hoy mismo, que ese concepto es equitativo, que no son inmerecidos esos elogios, que es debido hacer resonar una vez más y siempre esos aplausos. Porque la *crónica de las crónicas*, que dijera Icazbalceta, es y perdurará siendo, el acervo y la fuente inexhausta en que historiadores y filósofos sociólogos saciarán el hambre y la sed de conocimientos que los devore, puesto que Orozco y Berra es á manera de sapientísimo geólogo que ha explorado las cumbres y los abismos, los valles deleitosos y las oscuras entrañas de nuestra historia, para señalar á los que pretendan explotar aureos tesoros en dónde están los filones del codiciado metal y en dónde sólo se encuentra el de baja ley.

Todo lo analizó científicamente; y con el catálogo por él formado, con esa especie de inventario de nuestras riquezas históricas, es decir, con las citas bibliográficas, con los nombres de los autores por él estudiados, el gran mexicanista trazó un sendero libre de asperezas y obstáculos á los que más tarde habían de ir en busca de documentos y autoridades.

Tanto es así, que si se exceptúan unas cuantas publicaciones hechas posteriormente á los años en que Orozco y Berra desempeñó su pacientísima labor, no hay escritor primitivo ni autor contemporáneo de los que figuran en la *Tabla bibliográfica* del Sr. García que no hubiese pasado antes por el crisol del criterio de Orozco

y Berra, á quien creo por eso, digno de ser llamado el más diligente y el más sagaz de los exploradores y al propio tiempo el más cauto, el más escrupuloso en sus análisis.

No es, por lo mismo, sólo censurable injusticia ó ligereza, sino negra ingratitud, escatimar á un sabio tan ilustre la gloria que por legítimo derecho le corresponde, y colocar su nombre debajo del de otros que por eminentes que hayan sido y por mucho que ilustraran nuestros anales, no hicieron tanto como él, ó porque les faltó tiempo ó porque vivieron envueltos en el torbellino de los negocios públicos y en puestos encumbrados á que nunca llegó el modesto Orozco y Berra que se encontraba más á sus anchas en el humilde hogar, rodeado de viejas crónicas, de empolvados manuscritos, de intrincados jeroglíficos y de ídolos de piedra y de cacharros de la alfarería pre-colombina, mejor que en las poltronas de un ministerio de Estado ó en la presencia de Presidentes y Emperadores. Merced á esa fidelidad dantesca de Orozco y Berra á la Beatriz de la historia, cuántos desvelos y cuántas penosas fatigas se han ahorrado los que gustan de los estudios del género por él cultivado! Lo mismo el que acomete empresa de largo aliento como la del Sr. García, que el rebuscador de noticias simplemente curiosas sobre nuestros monumentos públicos, todos deben reconocer en conciencia, que contaron, por las obras que Orozco y Berra nos legó, con la *materia prima* que necesitaban, ó por mejor decir, con la tela en que ellos habían de bordar sus pensamientos. Tenían ya andada la mitad y la más difícil parte del camino.

Pero acaso me objete el Sr. García que no están á discusión ni la personalidad ni las obras del Sr. Orozco y Berra, que me divago, que son declamatorias y no documentadas afirmaciones las mías y que no le demuestro con ellas que otro antes que él rindió tributo á la verdad y á la justicia al mismo tiempo que á la memoria ultrajada de los indígenas de América. Procuraré desvanecer esa objeción recorriendo las setecientas páginas del tomo IV y último de la *Historia antigua y de la Conquista de México* de Orozco y Berra, sin aludir á los tomos anteriores, porque no tratan de la Conquista, pero haciendo sí observar, de paso, que en esos tres volúmenes está trazado con los más brillantes colores el cuadro de la civilización azteca, sin omitir un solo toque, una sola pincelada de aquellas que reproducen la luz en todo su esplendor para iluminar feéricamente el cuadro de las pasadas grandezas de una raza vencida por las leyes fatales de forzada evolución más que por el brío de los conquistadores y la superioridad de sus armas.

En las primeras páginas del citado tomo IV, comienza Orozco á contradecir á los incondicionales panegiristas de Cortés y á conceder fe á los juicios del P. Las Casas. «Tal es, dice en la página 14 refiriéndose á las diferencias entre Velázquez y Cortés, la versión de Gomara, no sólo admitida sino abultada con gran exceso por el autor anónimo *De rebus gestis*. Oigamos ahora á un testigo presencial de los hechos, al VERIDICO Casas,» y después de copiar *in extenso* lo que éste afirma, agrega el imparcial comentador: «En nuestra opinión particular, satisface más á la razón, va en mejor acuerdo con los sucesos posteriores, la opinión de Casas que la de Gomara.»

Continúa narrando los sucesos, animado del mismo espíritu, y cuando (pág. 23) llega á ocuparse en el paso de los conquistadores por Yucatán, se expresa así: «Como se advierte, Yucatán fué la primera parte de nuestro territorio invadido por los españoles; los mayas, si conservaban el recuerdo de las profecías de Kukulcán sabían ya á qué atenerse respecto á los castellanos; así, cuando aparecieron en la península los hombres blancos y barbudos, *en lugar de recibirlos como á dioses los combatieron como á hombres, etc.*» ¿No quiere decir esto que el Sr. Orozco y Berra sabía dar á cada uno lo que es suyo, colocando á los mayas por cima de los supersticiosos mexica?

No es Orozco y Berra panegirista de Cortés como Solís y Prescott que tanto irritan al Sr. García.

Véase como lo retrata (pág. 82): «En lo moral le hemos visto pasar por varias transformaciones, como en todos los hombres acontece á medida que cambian de posición social ó de fortuna. Según se muestra en el período que vamos examinando, era de constitución nerviosa y sanguínea, lo cual explica su constante y viva inclinación por las mujeres y su carácter turbulento; *codicioso en demasía, lleno de ambición y poco escrupuloso en los medios para medrar, falaz, cruel en muchos casos*. Estos graves defectos estaban contrapuestos con grandes cualidades. Voluntad firme é inflexible, valor á toda prueba, recordando en sus empresas á los antiguos paladines de la Mesa redonda; ingenio pronto y fácil en expedientes; profunda sagacidad para entender lo que delante se le presentaba y sacar partido de las menores circunstancias; sereno en los reveses, tranquilo en la desgracia; poseía el arte de seducir y de mandar: ninguno como él tenía dotes para ser capitán de aquel ejército compuesto de algunos hidalgos de reconocidas prendas, *más de una multitud de gente muy animosa es verdad*, pero ignorante,

codiciosa, acostumbrada en las islas á la expoliación, indisciplinada y licenciosa.»

Y no se detuvo ahí, sino que desentrañando lo cierto, como verdadero historiador filósofo, explica las causas ú origen así de los vicios como de las virtudes de los conquistadores. «El soldado tuvo que afectar—habla Orozco y Berra, en la página 84—el porte del misionero; mezcla que resultó extravagante, siendo imposible hermanar la rapiña y la matanza con las santas doctrinas del Evangelio. Predicar un Dios santo con la palabra y dar el ejemplo de malas pasiones. Incendiar y destruir el teocalli; derrocar y quebrar los ídolos; pero guardar cuidadosamente el oro consagrado al culto odioso. Era horror, estaba prohibido por leyes divinas y humanas el acceso á la mujer infiel; desaparecía el crimen haciéndola bautizar sin convertirla, y el escrúpulo de conciencia se borraba ante la profanación del Sacramento.»

«Para honra de la humanidad y alivio de los indios (pág. 93), no todos pensaban de igual modo; sobre el trono había existido la excelente reina Doña Isabel, cuyo bondadoso influjo se prolongó aún después de su muerte; las doctrinas humanitarias tenían un acérrimo defensor en el docto y vehemente Fr. Bartolomé de las Casas, no faltando religiosos que siguieran animosos la defensa de los calumniados.»

Las ideas dominantes en aquella época en punto á religión y á la licitud de los actos cometidos para combatir y sujetar á los idólatras á dura esclavitud, son aducidos por Orozco y Berra, quien no calla los excesos que de allí brotaron, y que le hacen decir con la serena majestad del filósofo: «de esto que corresponde (pág. 94) á la parte brutal de los hombres, nacieron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes *de todas las edades* se han reservado para aplicarla según su antojo á naciones débiles. La guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista; que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellos son exclusivamente reos los hombres perversos de dañado corazón, que las ejecutan por instintos bárbaros, saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.» Y termina el capítulo IV con estas inspiradas líneas: «De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la

menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban, los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de la antigua fe. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!»

Escribo una disertación y debo ceñirme á lo substancial y pertinente nada más, porque de no proceder así, me extendería mucho y multiplicaría, hasta parecer cansado, citas que no caben sino en una obra extensa. No trato de oponer á un libro otro libro, y bastarán, por lo tanto, los pasajes arriba citados para dar idea del concepto de Orozco y Berra sobre el carácter de la conquista española en América.

Veamos ahora cómo por muy distintos senderos de los que nos marca el Sr. García, nos conduce Orozco y Berra al conocimiento de la manera con que fué llevada á cabo la empresa de Cortés.

Que Orozco y Berra no siguió las huellas de los historiadores que le habían precedido y con los cuales se le quiere hoy confundir sin el menor asomo de justificación, sino que estimó y respetó la opinión de los autores indígenas, quedará comprobado por el siguiente pasaje que tomo de las páginas 125 y 126 del volumen IV de su Historia:

«Los escritores de la conquista de México—dice—han olvidado por completo ó parado muy poco las mientes en las relaciones de los naturales, dando absoluta preferencia á los hechos y dichos de los blancos; contentáronse con ellos para tejer su narración, dejando relegadas al olvido, cual cosas despreciables, las tradiciones conservadas por los indios. Estos, en su propia y antigua escritura, mantuvieron los recuerdos de la destrucción del imperio; después de que aprendieron á escribir, con el abecedario fonético, redactaron en su habla copiosas relaciones no escasas de mérito algunas, supuesto que de las que tenía en su poder Torquemada, dice: «y tengo tanta envidia al lenguaje y estilo con que están escritas, que me holgaré saberlas traducir en castellano con la elegancia y gracia que en su lengua mexicana se dicen: y por ser historia pura y verdadera, la sigo en todo: y si á los que la leyeren parecieren novedades, digo que no lo son sino la pura verdad sucedida; pero que no se ha escrito hasta ahora, porque los pocos que han escrito los sucesos de las Indias no los supieron ni hubo

quien se los dijese.» «Recogieron la tradición mexicana — prosigue Orozco y Berra— el P. Sahagún, de quien tomó el P. Torquemada, y, andando el tiempo, Ixtlilxochitl y Tezozomoc; quedaron, además, pinturas y relaciones disfrutadas por aquellos escritores, algunas de las cuales han podido llegar hasta nosotros. Las auténticas merecen tanta fe, son de tan indisputable autoridad, como los escritores europeos: si presentan diferencias y contradicciones, esas diferencias y contradicciones son del género de las observadas en las historias impresas de origen español.»

Depurando, pues, la verdad con escrupulosa conciencia, va narrando los hechos de los conquistadores, flagelándolos si cometen excesos y felonías, execrando lo que es digno de execración, admirando lo que admiración amerita, y, nótele bien el Sr. García, citando de continuo al P. Las Casas, *de santa memoria*, como dice en la pág. 253, *y heroico y filantrópico defensor de los indios*. Cuando refiere la primera caída de Tenochtitlán en poder de los españoles, no atribuye á éstos la gloria del vencimiento; enumera las causas del suceso, y termina así: «No puede haber la menor duda, atestiguándolo los mismos conquistadores; el sentimiento religioso, la creencia en las predicciones de Quetzalcoatl, la más estúpida de las supersticiones arrojó al imbécil monarca (Moctezuma) á los pies del invasor y pusieron al imperio, sin combatir, bajo el yugo castellano (pág. 275).»

Ninguno de los hechos punibles que el Sr. García se goza en recordar con el fin preconcebido de que se perpetúe por los siglos de los siglos el odio á la conquista española, pasó inadvertido por Orozco y Berra, ni lo encubrió ni mucho menos lo defendió. De la matanza de Cholollan (Cholula hoy), dice, después de estudiar todos sus antecedentes, que fué *inhumanidad y no valentía* (pág. 253) y de la hecatombe del templo mayor de Tenochtitlán se expresa así en la página 417: «La bárbara matanza del templo mayor, debe cargarse á la cuenta personal de Pedro de Alvarado, *del capitán más rapaz y desapiadado que vino á la conquista*. Bajo cualquier aspecto que se mire aquella acción, *fué un horrible atentado*. Si se supone por móvil la codicia, *es un acto de escandaloso bandolerismo*. Admitiendo el deseo de aterrar á los indios, para prevenir una insurrección, *es un asesinato premeditado, alevoso y con ventaja*. Ante esta matanza queda pálida la de Cholollan. Fué un desafuero que puso el colmo al sufrimiento de los pacientes indios; *inmotivado, injusto, impolítico, calculado y dirigido por un instinto sanguinario*; dió principio á esa larga serie de calamidades inútiles que tan crudamente cargaron sobre vencedores y vencidos.»

Antes, al referir la prisión de Moctezuma, dejó consignados estos conceptos en la página 316: «Motecutzoma había dejado de ser rey; salía de su palacio para no tornar. El orgulloso, el déspota, el semidiós, se había transformado en cautivo de los barbudos teules. De la encumbrada altura que ocupaba, había descendido á arrastrarse por el cieno, de cobarde apego á una vida que ya tenía perdida al entregarse á los blancos. Ningún rey, de los victoriosos de México, se habría dejado aprisionar impunemente en su palacio, y en idénticas circunstancias preferiría salir despedazado á dejarse llevar por sus enemigos. Motecutzoma *es una figura innoble*. Repetidas veces, por medio de los embajadores, prometiéndole Cortés pagarle sus favores «con buenas obras,» y con creces le cumplió su palabra. Si como hombre y caballero hubiera faltado en sus tratos con un europeo, *D. Hernando se hubiera avergonzado de sí propio*; pero se trataba de un idólatra, de un bárbaro, de un indio, y tanta *superchería* la aceptaba como agudezas del ingenio. *La prisión de Motecutzoma, como rasgo de audacia, asombra; como hecho pérfido, irrita.*»

Cuando Orozco y Berra da cuenta de la muerte del monarca destronado, termina diciendo: «Al ver su trágico y lastimero fin, el corazón se siente conmovido, sin que la compasión deje lugar á la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve.»

Las frases deprimidas, despectivas, que á Orozco y Berra arranca la conducta del que debió ser el más ardido paladín de su patria y de su raza, y en vez de esto, fué el que hizo fácil la destrucción de una y otra, lejos de significar que nuestro historiador ha honrado y enaltecido á los conquistadores con mengua y desdoro de los indios, revela bien á las claras que se sublevaba cuanto en él había de patriota, al recordar al apocado Motecutzoma, que fué indigno de ceñir la imperial diadema, toda vez que no supo conducir á su pueblo á la victoria.

Tanto es así, que en los capítulos destinados á los reinados de los emperadores héroes Cuitlahuac y Cuauhtemoc, elevase á las sublimes regiones de los inspirados, y, sin dejar de ser verídico y severo como Tácito, nos parece que resuenan en sus páginas las inmortales estrofas de Homero y que las trae á nuestro oído en alas de su poderoso aliento moderno cantor á quien cupo la gloriosa herencia del caracol sagrado con que Cuauhtemoc convocaba á los que debían morir por su patria y por sus dioses.

No son estas frases vana palabrería enderezada á hacer la apo-